

ilusorios volátiles, evocaba el personaje de Huysmans, aquel pobre Folantin cuyo estómago lleno de recuerdos, gemía inexorablemente en este París tan duro para los célibes.

Los senegaleses, como, por otra parte, todos los pueblos negros, tienen numerosas tradiciones populares y leyendas cuyo lejano parentesco se encuentra con las fábulas de otras razas. Muy dados á narraciones misteriosas, atraídos y cautivados por supersticiones seductoras, tienen de noche á la claridad de la luna interminables conversaciones, de que se excluye al extranjero, misteriosos como son y desconfiados como todos los pueblos primitivos.

El apólogo está en honor entre ellos. Me han contado uno de ellos, el de la *Hiena, el León y la Cabra que sabe hacer gris-gris*, y he encontrado en él el tema del ruin Myre de Francia, el tema de la fábula mongola de la *Liebre y el Lobo*. Fuera de esto, todas las leyendas del Senegal tienen un origen indio: los budistas las llevaban á Siria y el árabe de Siria las trasmittía á los egipcios y luego á los sudaneses. Lo mismo sucede con sus costumbres. Ciertos habitantes del Africa occidental creen tener parentesco con algunos animales, y se esfuerzan, cortándose la barba y los cabellos, en asemejarse al animal venerado como uno de mayores, que ha venido á ser para ellos tan sagrado como una divinidad. Y no es maravilla ver senegaleses que vuelven á su país, después de haber vivido en Francia, creer á pie juntillas en su descendencia del león, de la hiena ó del caimán.

La fascinación que ejerce París en estas gentes es increíble: para ellos es la alegría de cada momento. Siendo todos esencialmente reservados, es preciso conocerlos bien para penetrar sus sentimientos íntimos. M. Noirot ha preguntado, en mi presencia, sobre la Exposición, á un mozo de diez y ocho años, llamado Bu-bú, del que ha hecho su secretario, una especie de monitor inteligente para los demás senegaleses.

Y ha contestado Bu-bú:

«El hombre que ha visto la Exposición, puede morir después»

Y ha añadido:

«Yo no veré acaso la Aldiana, el cielo de los negros; pero habré visto á lo menos el cielo de los blancos: París.»

La grande alegría de Bu-bú es subir todos los domingos á la torre Eiffel. Pero no se crea que el panorama es el único móvil que lo impulsa á repetir esta ascensión: en la tercera plataforma se distribuyen medallas, y Bu-bú quiere volver á su país, glorioso, triunfador, con el pecho lleno de estas condecoraciones.

Hemos hablado de la patria. Los negros no comprenden tan alta idea, fuera de la defensa de la propiedad particular. Bu-bú tiene ideas poco elevadas; y como M. Noirot le contara que entre nosotros, hombres sin tierras, ni casas, ni dinero, se hacían matar en defensa de su país, contestó el senegalés: «Defienden su aire.»

Para terminar mi expedición al villajo senegalés, he querido hacer una visita á Dinah-Salifú, el rey de los nalus, habiéndose dignado M. Noirot introducirme á presencia de S. M. negra. En la calle de Fabert, por el fondo de un patio subimos una escalerilla de madera adornada con pinturas y vidrios de Edad media y penetramos en extraños aposentos cobijados por altos techos de vigas manifiestas.

Hay allí un cúmulo de muebles antiguos, unos auténticos, otros imitando los de la

época romántica, escudos de armas barnizados, sillas del siglo pasado, y en todas partes hierros forjados y antiguos tapices con figuras de personajes.

En esta extraña habitación me recibió el rey, sentado en un canapé, estilo Luis XV, al lado de la reina.

Después del cambio de saludos, más ó menos ceremonioso, me designó una silla y por mediación de un intérprete estuvimos departiendo largo rato. Es un mocetón este rey de expresión severa y reflexiva. No quita de uno la intensa mirada de sus ojos amarillos; cree en su dignidad, pero parece muy preocupado del efecto que produce en los demás.

Por espacio de una hora larga estuvimos hablando de Francia, de París, del Senegal. El rey desea, sobre todo, llevarse de aquí el mueblaje de un salón y de un dormitorio á la europea para recibir al gobernador cuando éste lo visite. Tengo una decepción, cuando me comunican lo que quiere obtener del gobierno. Dinah-Salifú reclama para su reino, un profesor.

Durante nuestro coloquio, la reina permaneció muda. Llábase Phelis la augusta señora, y el rey la ha traído de improviso, esto es, sin decirle adónde la conducía. Phelis es joven, y tiene una frente hermosa que se obstina en ocultar. Sus ojos están llenos de misterio y sus labios se entreabren con una sonrisa obediente, por decirlo así, sumisa y pasiva.

Mucho tiempo conservaré el grato recuerdo de esta extraña visita, hecha á un rey negro, verdaderamente auténtico, y á la reina Phelis, su digna esposa, en la casa más extraña y diferente de nuestra vida moderna, que pueda verse. Puedo decir que jamás me chocaron tanto las contradicciones de tiempo y lugar.

Tales son las gentes del Senegal que se me han hecho conocer.

En cuanto al país, lo he entrevisto en estudios que ha pintado el inteligente y observador M. Noirot, estudios muy sinceros y exactos de tono y relación.

Dos de ellos he retenido particularmente: un campamento moruno trazado y una vista del cementerio de los blancos en Saldé-Tebeka.

Durante mucho tiempo hemos estado hablando de tan interesante asunto el autor



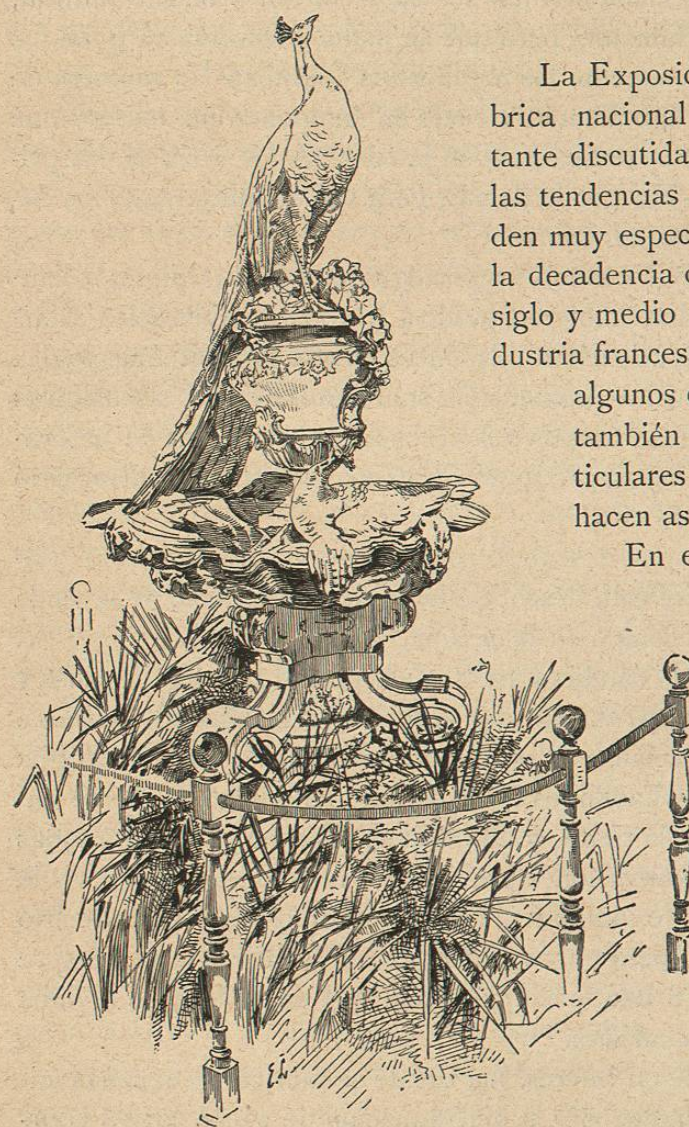
Joven senegalés del séquito del rey Dinah-Salifú

y yo, y escuchaba con mucho gusto y provecho á M. Noirot, que me contaba las alegrías de la vida colonial, la satisfacción positiva que produce la exploración de los países desconocidos y el roce y contacto con pueblos nuevos. Y me decía todo esto con tono tan penetrante, con visiones tan delicadas y artísticas, que me hacía envidiar á los que, teniendo aún fuerza de voluntad, tienen también el noble deseo del viaje desinteresado, en que se saborea la dicha del objeto dado á la vida, el menosprecio de los sufrimientos, la ausencia de conversaciones inútiles, en que se siente el corazón bien hallado en un reposo infinito

POL NEVEUX

## LA FÁBRICA DE SEVRES

I



La Exposición actual de los productos de la fábrica nacional de Sevres es, hay que decirlo, bastante discutida, y aun algunos críticos, exagerando las tendencias que denotan ciertas piezas de un orden muy especial, van pregonando por todas partes la decadencia de un arte, que ha sido por espacio de siglo y medio una de las mayores glorias de la industria francesa. Entre estos críticos hay ciertamente algunos que hablan de buena fe; pero tememos también que haya otros que, por razones particulares de que no queremos hacernos cargo, hacen aspavientos de interesada alarma.

En el presente estudio procuraremos demostrar con la más completa convicción que la fábrica de Sevres, lejos de haber venido á menos, como se supone, está al contrario en vías de hacer una evolución de considerable importancia para el porvenir del arte cerámico, y que muy en breve, gracias al eminente patricio, al artista ilustre, tan noble como modesto, que la dirige actualmente, mantendrá más alta y firme aún que en pasados tiempos la gloriosa bandera de la industria francesa.

Mas ante todo y para entrar en materia debemos explicar en qué consisten las diferencias que hay entre las varias clases de porcelanas que se mencionan en la primera página del Catálogo: *Porcelana dura, porcelana nueva, porcelana gruesa, porcelana tierna nueva.*

Es una especie de resumen de la fabricación de la porcelana lo que procuraremos hacer, tan sencillo y claro como nos sea posible y sin meternos en detalles demasiado técnicos.